VUELVE, HIJO, VUELVE

Eloísa Martínez Santos

Primera edición, abril de 2026
© Eloísa Martínez Santos, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-88206-28-3
THEMA: FS-FBA-QRMP
DEPÓSITO LEGAL: M-12163-2026

VUELVE, HIJO, VUELVE

Eloísa Martínez Santos

Avant
editorial

Para los que mantienen la esperanza cuando todo parece perdido.
Para los que vieron cambiar sus vidas en un segundo.
Para Diego, Thiago, Lara y Sebastián, mis queridos nietos.

Prólogo

Escribir una novela es, en esencia, un ejercicio de poder: el autor decide dónde sale el sol, quién se enamora y cómo se resuelven las tragedias. Sin embargo, en las páginas que el lector tiene ahora entre manos, Eloísa Martínez Santos ha dejado de lado esa seguridad del narrador para entregarse a la narrativa de la fragilidad.

Siempre he pensado que Eloísa no es una autora encasillada. En su trayectoria literaria hay una libertad poco común. En un universo literario, que a menudo exige etiquetas y especializaciones, ella ha preferido transitar por diversos géneros como su verdadera seña de identidad y siempre con la misma naturalidad.

Si en sus obras anteriores admirábamos su capacidad para construir mundos, como en sus novelas *Mujeres de hojalata* y *Dos barcas sobre la arena*, su facilidad para aproximarse al mundo infantil en el cuento *Pensando en las musarañas* o su ironía cuando confiesa en otro de sus libros, *No valgo para vender,* aquí, en *Vuelve, hijo, vuelve*, nos sobrecoge su valentía para reconstruir su propia historia. Ya no hay personajes moldeados por la imaginación, sino la realidad de un hijo que ha sufrido un grave accidente de moto, la lucha por su vida y la luz que emerge tras los pronósticos más sombríos. Aquí la pluma ya no inventa mundos, sino que intenta sostener el que se le está cayendo a pedazos. Solo alguien acostumbrada a explorar tantos registros podía encontrar las palabras exactas para narrar lo inenarrable.

Ese miedo, que solo una madre puede conocer, impregna cada capítulo. Es un miedo que no se expresa desde la distancia, sino desde la trinchera. A través de una arquitectura de capítulos que viajan entre los recuerdos luminosos de la infancia, con toques de humor, y la penumbra de una sala de espera, la autora nos permite ver la magnitud de lo que está en juego.

En los momentos de mayor desesperación, donde la ciencia calla, emerge un diálogo diferente. Este relato no solo documenta un accidente; testimonia ese momento sagrado donde la fe deja de ser un concepto para convertirse en el único aire respirable. Es la crónica de un encuentro que cambia el pronóstico por la esperanza. Y, aunque los médicos no tengan buenas expectativas, en ellos como familia nace un espíritu de lucha que les da fuerzas.

Pero es en el momento del despertar donde el libro se transforma. El regreso del coma no es aquí un final de cuento de hadas con una resolución perfecta; es, por el contrario, el inicio de una nueva épica cotidiana. A pesar de los diagnósticos sombríos y las voces que hablan de límites, surge un rayo de esperanza que no se apoya en datos médicos, sino en un encuentro profundo con lo divino.

Este relato deja de ser una crónica de dolor para convertirse en un manifiesto de lucha. La autora nos enseña que, aunque la ciencia marque fronteras, el espíritu humano —alimentado por la fe— se reserva siempre el derecho a la última palabra. Es la historia de una familia que decide que la recuperación no es un destino, sino un camino que se recorre paso a paso, con la determinación de quienes saben que cada pequeño avance es, en realidad, un milagro concedido.

Podemos concluir que este libro es, en última instancia, un mapa para los que caminan por valles oscuros, y un refugio para los que atraviesan «horas de hospital».

La dedicatoria del libro es el mejor resumen de la obra:

«Para los que mantienen la esperanza cuando todo parece perdido.
Para los que vieron cambiar sus vidas en un segundo».

María Victoria Alberola Fioravanti
Bibliotecaria
Exdirectora de la Biblioteca
de la Real Academia de la Historia

Exdirectora de la Biblioteca
Islámica Félix María
Pareja de la AECID

1

Enero de 2025. Los cuadernos olvidados

No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria.

Virgilio, libro VI de La Eneida,
mencionada por Dante
en el canto V de *La divina comedia*

Abrimos y rebuscamos en diez cajas apiladas en dos columnas antes de dar con ellos en el interior de la bolsa rosa de playa, con el logotipo de nuestra empresa. Cuarenta años atrás, para celebrar el primer aniversario, regalamos a nuestros clientes bolsas como la que envejecía en la décima caja abierta en el trastero.

Grité de alegría, aplaudí al verlos y sorbí los mocos, como lo haría una niña al encontrar su muñeca perdida. Con un nudo agarrotándome la garganta, me agaché y, al igual que si de objetos sagrados se tratara, los tomé en mis manos y los abracé. Acababa de reencontrarme con los años más difíciles y transcendentales de mi existencia.

En el fondo de la bolsa, además de los tres cuadernos repletos de apuntes todavía legibles, dormía un calendario del año 1999. A su lado, alineados y en perfectas condiciones, aparecieron los álbumes de fotos que consideré perdidos durante años.

Esa mañana había despertado con el ánimo confuso. Lina, al verme decidida a enfrentarme sola al cuarto de la melancolía, así llamaba al trastero, dejó aparcada la fregona en la cocina, se remangó y mirándome muy seria dijo:

—¡Venga, vamos a ello! ¿A qué viene ese gesto? Parece usted una viejita enfadada —lo dijo para espabilarme, bien sabía ella cuánto me molestaba que me comparara con una viejecita, enfadada o no—. Si está decidida a hacerlo, mejor con la fresca. Cuando a usted se le antoja una cosa, no hay razonamiento que valga.

Su fuerza y mis ganas hicieron posible el reencuentro con parte de mi pasado cuando comenzaban a desaparecer de mi mente los rostros ausentes y los lugares que forjaron la existencia de los que me precedieron y también de los que amé y habían partido. Desperdigados por diversas cajas, esperaban su rescate los dibujos de mis niños felicitándome por el Día de la Madre o contándome una aventura, también los de mis nietos, adornados con corazones «abuela, te quiero mucho» —ellos son los destinatarios principales de estas páginas—. En el trastero, convivían amontonados los bocetos de mi marido junto a cojines inservibles, figuras del nacimiento, loza, lámparas de bronce y cristal, esculturas de porcelana, cubiertos de plata, disfraces, ceniceros y decenas de cachivaches más que, aunque no tenían cabida en mi hogar actual, fui incapaz de regalar y menos aún prescindir de ellos cuando me mudé al pequeño apartamento que habito. Consideraba cada objeto guardado en el cuarto de la melancolía, protagonista de un minuto, al menos, de mi existencia.

Con un boceto de mi marido entre las manos, sentada sobre una caja de madera, apoyé la espalda en la pared y recordé cuánto le gustaba dibujar el rostro de nuestros hijos, el mío, el suyo… Comenzaron a llegar imágenes y conversaciones. A veces me cuesta distinguir entre la realidad y lo imaginado, quizá porque ella, la realidad, es inestable y con el paso de los años se diluye junto a la memoria, y ello, lo

imaginado, toma fuerza con el transcurrir del tiempo y nos acompaña sin dañarnos.

En el fondo de la caja dormía el diploma que certificaba el premio otorgado a «Changarrilla», mi primer relato. Evoqué la alegría que sentí al recibir la notificación, entonces empezaba, me sobraban ilusión y ganas. Era la primera vez que subía a un escenario a recoger un premio. Me temblaban las piernas, dudaba que fuera capaz de pronunciar dos palabras de agradecimiento, temía tropezar por las escaleras o que se me cayera el trofeo. Además del diploma y del talón correspondiente, recibí un ejemplar en barro con el título, «Changarrilla», en el lomo y mi nombre en la cubierta. La vejez convierte los recuerdos en una mala copia de lo vivido, pero estoy segura de que sucedió tal cual lo escribo.

Arrugados encontré los folios con las crónicas que en su día escribí de los dos viajes que marcaron mi vida; el primero que hicimos a Tierra Santa y los días que pasamos en Tijuana. Esos folios no mienten, las palabras testifican que aquello pasó. Ignoro por qué guardé unos pétalos de rosa, tal vez formaron parte de mi ramo de novia o de coronas que acompañaron a mi marido en el tanatorio. Quién sabe, quizá solo fueron parte de un premio o el obsequio por una charla impartida. No lo sé, pero si estaban ahí, es porque ocuparon un lugar en mi existencia.

Salimos del trastero dos horas después, con la yema de los dedos empolvada, cargadas con los álbumes de fotos, los cuadernos y algunos folios. Lo demás allí quedó, serán otros los que decidan su último destino.

Noches atrás soñé con un cuaderno volador, flotaba en la nada y dibujaba ondas. Le pedí que se acercara, lo hizo y me invadió un nítido sabor a papel mientras el cuaderno dibujaba palabras ininteligibles para mí. La tapa dorada se volvió azul y antes de desaparecer en la nada se hizo negra. Al despertar recordé mis tres cuadernos; los

de cubierta azul, dorada y negra que ahora descansan sobre la mesa, a mi lado.

Tal vez sea una persona cinestésica y por eso mis sentidos se mezclan; la música me llega en colores en algunas ocasiones y, en otras, convertida en figuras geométricas. Hace años que dejé de soñar, cuando aún era joven, las noches se cubrían de escenas. Recuerdo, como si hubiera sido ayer, el sueño premonitorio que cambió nuestras vidas. Otros, al no comprender el mensaje, me provocaban incertidumbre, me pasaba horas dándoles vueltas. Una noche soñé con Jackie Kennedy. La vi apoyada en el muro de Central Park. Levantó el brazo y me dijo adiós girando la mano suavemente a derecha e izquierda. Su vestido era negro, sin mangas, el cuello estilo barco resultaba muy favorecedor, y el sombrero, del mismo color que el vestido, era muy parecido al que llevaba el día de la tragedia de Dallas. Al despertarme, recordaba cada detalle; su sonrisa, el balanceo de su mano… Puse la radio, como cada mañana, y escuché la noticia: Jackie había muerto. Me impresionó mucho y estuve preguntándome varios días por qué había venido a despedirse. No hallé respuesta. En aquellos años escribía todos los sueños que recordaba con nitidez al despertarme y los cuadernos se fueron amontonando. El que tuve días atrás avivó mi deseo de dejar testimonio detallado a mis nietos del suceso que cambió nuestras vidas.

Jirones de nubes amenazan lluvia, me avisan que es tiempo de teclear antes de que mis torpes y doloridos dedos se nieguen a hacerlo.

2

1 de enero de 1999. Trujillo (Cáceres)

Quien tiene un porqué para vivir puede soportar casi cualquier cosa.

Friedrich Nietzsche

Veo una llamarada semicircular. Escucho un nombre femenino que no logro comprender. Empieza por M. ¿Mercedes? ¿Moto? ¿Muerte? ¡Clac! ¡Qué golpe tan tremendo se ha dado ese chico en la cabeza! Cae el muchacho en una piscina habitada por sombras sin rostro. El agua es turbia y escasa. Las sombras se mueven por la superficie. El chico se hunde. Silencio. Lo que al despertar identifiqué como apnea me impide respirar, siento que me ahogo, que me falta el aliento. Oigo un estertor silbante. La cabeza del muchacho, partida en dos mitades, emerge desde el fondo de la piscina.

Tardé unos minutos en calmar el corazón antes de abrir los ojos. Sentada en la cama miré el reloj, las cuatro y veinte de la madrugada. No recordaba otra pesadilla tan dramática ni tan vívida. Menos mal que las apneas eran infrecuentes porque, cuando sucedían, la sensación de asfixia me angustiaba durante horas. Qué alivio despertar y oír el ligero y rítmico ronquido de mi marido. Acerqué mi pecho a

su espalda y acompasé mi respiración a la suya, sentirle a mi lado me relajó. Ya le contaría la pesadilla cuando despertara. Desvelada, sin poder quitar de mi mente la cabeza partida del muchacho, me levanté y fui al lavabo. Sí, le diría que a punto había estado de sufrir un síncope mientras él roncaba como un bendito. Menuda pesadilla… La había vivido intensamente. Parecía tan real: las sombras, ¿serían almas en pena?, vagaban dentro y fuera del agua, el pelo negro y abundante del muchacho, sus ojos cerrados, el clac al caer, la franja naranja, el estertor del chaval me había llegado como si un ventarrón soplara en mi oído. Durante unos minutos miré la oscuridad a través de la ventana, volví a la cama, me acurruqué al lado de mi marido, no sé cuánto tardé, pero conseguí dormirme de nuevo.

¡Ring, ring! La voz del teléfono del parador nos avisó de que eran las nueve de la mañana. Había que espabilarse, comenzaba el segundo día del año 1999 y nosotros disfrutaríamos de un largo fin de semana para celebrarlo.

Sin abrir los ojos, evoqué la pesadilla. El día anterior había sido raro, impropio de unas vacaciones. Estuve nerviosa y en exceso pensativa. Aproveché la inexcusable siesta de mi marido en el Parador de Trujillo para visitar el castillo y, en lugar de disfrutar la visita, en su explanada recordé un sueño de tiempo atrás: paseaba mi hijo mayor por las almenas de un castillo, idéntico al de Trujillo. «Alfredo, ¡ten cuidado, no vayas a caerte al mar!», recordé que había gritado en el sueño. Él, vestido de negro, marchaba sonriente y desafiaba un peligro oculto que durante el sueño sentí como real. No se cayó al mar.

Echada en la cama, medio desnortada, aguanté, como quién aguanta un aguacero, la cascada de imágenes desfilar por mi mente. La pesadilla zumbaba en mi cabeza trayéndome una y otra vez la cabeza abierta de aquel joven. Me asusté. Me asusté mucho. Volví a visualizar la piscina cubierta de sombras y oí de nuevo el estertor. Sacudí la cabeza como si ese gesto fuera suficiente para arrancar de mi cerebro el mal presagio.

Vaya forma de disfrutar el largo y primer fin de semana del nuevo año. «Es solo una pesadilla», repetía para convencerme; una pesadilla que arruinó mi despertar festivo. Había cuidado cada detalle del viaje: Parador, itinerario, comida de la región… Regresar a Extremadura, después de veintiséis años, era vivir una segunda luna de miel. Recorreríamos los mismos lugares que visitamos entonces. Un fin de semana ideado para nosotros dos y los recuerdos que quisieran acompañarnos. Nos lo habíamos prometido; a los chicos, si acaso, los mencionaríamos en los trayectos de ida y vuelta, el resto del tiempo ni nombrarlos. Los primeros kilómetros de la ida nos ocupamos de ellos; convinimos en que la rebeldía de Quique nos traería más de un quebradero de cabeza si no éramos capaces de encauzarla. Para hacer valer mi autoridad y disfrutar de ese fin de semana, me encabezoné y le obligué a participar en la Semana Blanca organizada por el colegio. A los dos nos ilusionaba ver a Carlos sacar adelante la Ingeniería Informática en la Universidad Antonio de Nebrija. Ese chico era la formalidad personificada, ni un disgusto nos había dado durante su adolescencia, salvo el accidente de coche que sufrió junto a su hermano Alfredo y otros tres amigos en una noche de fiesta. Dedicamos un buen trecho del camino a cambiar ideas sobre la buena marcha del negocio, crecía más de lo esperado cada año y ello nos permitía ampliar la plantilla y convertirnos en una de las empresas más reconocidas de nuestro sector. La llegada de Alfredo a la empresa ampliaba nuestras expectativas. Se le veía feliz, con ganas, entusiasmado con la idea. El día que dejó su trabajo en el taller de reparaciones de motos hubo celebración en casa. Para mí fue una liberación verlo alejado de las motos. Incluso, tuvimos tiempo para comentar la destitución de Bill Clinton por el escándalo Lewinsky. Con la figura del castillo de Trujillo en lontananza, conversamos sobre las once estatuillas de Titanic, a los dos nos había gustado la película.

Y, sin embargo, ahí estaba, decaída, encogida en la cama y dándole vueltas a una pesadilla que me acongojaba. Había obligado a Quique

a participar en la Semana Blanca organizada por el colegio para poder escaparnos nosotros a Extremadura. Los dos mayores se afanaban en controlar las miradas cómplices y en contestar con monosílabos a las llamadas de los amigos. Les resultaba complicado disimular las ganas que tenían de vernos partir.

—Estos preparan una fiesta, no hay más que mirarlos —comentó mi marido mientras preparábamos la maleta.

—Pues diles que cuidado con lo que hacen, nada de juegos de dormitorios ni borracheras, no quiero un solo vaso rato.

Su padre lo hizo a su manera:

—Ni se os ocurra entrar en la bodega o la próxima vez que salga de casa coloco un candado. —Su dedo índice oscilaba arriba, abajo—. Tengo las botellas contadas, las de güisqui y ron también. Estáis avisados.

Quique sabía que sus hermanos preparaban una fiesta, de ahí su negativa a participar en la Semana Blanca, pero a sus dieciséis años no era cuestión de dejarle al cuidado de los veinteañeros.

Ahí seguía yo, martilleándome con una pesadilla en lugar de pensar en el patio bordeado de petunias que vi al llegar a la plaza, en el sendero de guijarros blancos por el que paseamos o en el olor musgoso, a libro viejo, que percibí en la recepción del parador. Ni recordar lo bien que había salido la cena familiar de Nochevieja en casa de Nacho y Amparo conseguía calmar mi ansiedad ni aliviar el ardor de mi estómago. Ahí estaba yo un día después; apática y sin ganas de levantarme, todo por una absurda pesadilla que ya tendría que estar más que olvidada.

—¡Venga, mujer, arriba! El día nos espera.

Mi marido descorrió las cortinas. Me cegó la luz. Intuí una sonrisa suya de labios estirados, las de estar de buen humor.

—He tenido una pesadilla horrible. Vi una…

—Luego me lo cuentas. —Ni me miró. Fue hacia el armario, tocó las cuatro camisas colgadas y eligió la de cuadros rosas y grises, una de mis preferidas.

—Vale, pero es que tengo ganas de llorar.

—¿No te vendrá la regla estos días? —Sus ojos avellana centellearon.

—No, Edi, no es eso; ni regla, ni menopausia, ni ganas de fastidiar. Es otra cosa. Anoche, en la cama, pensé que no debía estar aquí. Como si mi corazón me avisara de algo que mi mente se negaba reconocer…

—¡Para, para!, que te conozco. No empieces con tus corazonadas, que además nunca aciertas.

—¡No puedo! —se quebró mi voz—. Tú no comprendes lo que me pasa. ¡Casi me asfixio! Presentí que el tiempo se paraba para nosotros, como si la realidad se cubriera de una neblina espesa, de algo intangible, sin que yo pudiera hacer absolutamente nada para evitar lo inevitable.

—Disfrutas dramatizando cualquier cosa que pasa. Con pesadilla y todo te has despertado guapa. ¡Venga, arriba! —Me miró sin verme y descolgó el pantalón gris de pana. Él era así, cariñoso, cercano, pero excesivamente cuadriculado, la palabra «intuición» no entraba en su vocabulario y, desde luego, su lema era no pensar más de lo necesario ni detenerse en preguntarse por qué. La vida era como se presentaba, eso opinaba, lo aceptaba y a vivir el momento.

—¿Me has escuchado una sola palabra? Si te lo propones, puedes llegar a ser un tipo muy desconsiderado. ¿Alguna vez has tenido la certeza de que los acontecimientos nos arrastran? Me he despertado esta madrugada pensando que podía suceder en cualquier momento.

Se volvió y me regaló una de sus atractivas sonrisas, movió la cabeza a los lados y se encerró en el cuarto de baño. Estaba acostumbrada a que me dejara con la palabra en la boca.

—¡Monologar contigo resulta muy estimulante! —le grité.

Sin intención de levantarme, volví a preguntarme qué hacía allí y el motivo de sentir el pecho atenazado por un puño que apenas me dejaba respirar. Si mi marido se movía por lo que para él era lógico, la intuición y el presentimiento me ponían en guardia a mí y era esa sensación la que me sujetaba pegada a las sábanas sin ganas de comenzar el día. En las conversaciones familiares siempre defendía que eran nuestras decisiones y actitudes las que forjaban nuestro destino. Éramos dueños de cada paso que dábamos, según reaccionábamos, así nos iba. Mis hijos y mi marido me ponían ejemplos de circunstancias que habían cambiado la vida de otras personas, desde tocarles una Primitiva a quedarse sin trabajo, romperse una pierna y otras tantas generalidades de esa índole. Sin embargo, en aquellos momentos, tumbada en la cama y todavía bajo el influjo de la maldita pesadilla, dudaba, percibía que algo fallaba en mi teoría. Y ahí seguía, dándole vueltas a un depresivo estado de ánimo, mientras mi marido cantaba en el cuarto de baño: «Reloj, no marques las horas…», como hacía cada mañana en casa. Me molestaba su facilidad para ser feliz y Alfredo, el mayor de nuestros hijos, había salido a él. Todo era guay para ellos. Su capacidad para adaptarse a cualquier circunstancia y disfrutar era un suplicio para mi mente peleona.

Ese pensamiento me llevó a recordar mis «porque sí y se acabó» a los interminables porqués de Carlos, el mediano. Ese chico, si se lo proponía, resultaba agotador, «aceititis», le llamaba cansada de oírle repetir por qué. A él le sobraba temperamento y a mí me faltaba paciencia. Quique, el pequeño, necesitaba llevar la contraria y ponía en marcha el mecanismo del NO ante cualquier sugerencia. Si le proponía jugar al parchís, él prefería ver la tele, si le recomendaba natillas de postre, elegía plátano, si mencionaba un paseo, él respondía que estaba cansado…, a excepción de las propuestas de Alfredo. En ese caso, no importaba lo que él hubiera dicho un minuto antes, si oía a su hermano mayor decir: «Vamos a encestar un rato, chaval», mientras